

Pickwick House

Conocidos comunes le habían dicho que la casa era impresionante. Ahora, siguiendo al mayordomo desde la puerta de entrada hasta la biblioteca en donde le esperaba Lord Batlot, pudo comprobarlo; Pickwick House era magnífica.

El mayordomo abrió la biblioteca, se adentró en la estancia y, sujetando la puerta, le anunció.

— La visita que esperaba, Lord Batlot.

Lord Henry Batlot le recibió sin levantarse de su escritorio y, con un ademán, le indicó una de las sillas. Esperó a que el mayordomo cerrase la puerta por fuera.

— Le he recibido porque unos amigos, a los que usted conoce, me han comentado que es usted una persona de fiar... y de recursos, señor... — dirigió la vista a un papel que reposaba en la mesa en donde tenía anotado un nombre — Kamara.

— Siaka Kamara. Le agradezco que me haya recibido, Lord Batlot.

Se produjo un silencio que Lord Batlot aprovechó para estudiar a su visita. Era un hombre de color, de unos cincuenta y cinco años, con el pelo muy corto y ensortijado; llevaba gafas de pasta negras y el traje, de un corte impecable, dejaba entrever las profesionales manos de los mejores sastres de Bond Street. En el dedo anular de la mano izquierda una alianza de oro destacaba en unas manos cuidadas en exceso.

— Dígame, ¿qué es lo que quiere de mí? — Lord Batlot había descubierto, hacía tiempo, que todo el mundo que lo visitaba, o que se acercaba a él en cualquier circunstancia, quería algo de él.

— Vengo a proponerle un negocio.

Lord Batlot asintió y respondió de forma suave.

— Ya tengo demasiados negocios.

— No como este.

La voz suave y modulada de Siaka Kamara hizo que Lord Batlot le prestara un poco más de atención. El hombre que tenía enfrente, a pesar de haber nacido en África, había sido educado en Gran Bretaña, en Oxford, en donde había conseguido un meritorio expediente, según la información que sus propios amigos le habían proporcionado.

— ¿Y qué tipo de negocio me propone?

El señor Kamara, con un rápido y efectivo movimiento, extrajo un pequeño sobre del interior de su chaqueta, lo abrió con calma y depositó en la mesa, a un tercio de distancia más cerca de Lord Batlot que de él, un cristal que desprendió un brillo irisado que se reflejó en las lentes de sus gafas.

— ¿Sabe lo que es eso?

Lord Batlot, sin dejar de mirar el pequeño cristal que brillaba en su mesa, abrió la purera y ofreció a su interlocutor, que negó con la cabeza; sacó un habano para él, lo cortó con el cortapuros de plata que siempre llevaba en el bolsillo derecho de su chaleco y lo encendió con mucha calma.

— No soy ningún experto, pero yo diría que es un diamante.

— Sí, eso es exactamente — Kamara esbozó una sonrisa mientras Lord Batlot cogía entre sus dedos la piedra y la depositaba en la palma de la mano — sin embargo, esa pequeña piedra es algo más que eso.

Lord Batlot desvió la mirada del diamante hacia Kamara.

— Eso que sostiene en la palma de la mano, Lord Batlot, es un Naife — ante la impasible mirada de Lord Batlot creyó que debía explicarse mejor —. Eso significa que es un diamante de excepcional calidad.

Lord Batlot depositó el diamante, con sumo cuidado, en el mismo sitio de donde lo había recogido. Dio un par de caladas al cigarro e hizo un gesto interrogativo acompañando la pregunta.

— ¿Cuál es el negocio?

Siaka Kamara volvió a sonreír.

— Hay más en el lugar del que salió ése. Muchos más.

Cabeceó afirmativamente Lord Batlot.

— Ya... ¿y el negocio sería?

— La explotación de esa mina.

— Que está en su país.

— Que está en mi país.

— Y quiere que lo financie.

Una nueva sonrisa se dibujó en la cara de Kamara.

— Eso es. Usted financia la operación y yo extraigo los diamantes, los saco del país, los corto y pulo y los pongo en el mercado. Cincuenta para usted y cincuenta para mí.

Lord Batlot puso cara de estar de vuelta de todo.

— ¿Por qué yo? Usted no me necesita. Usted es oriundo de allí, tiene los contactos, conoce el negocio, tiene el empuje necesario para acometer ese negocio solo — soltó unas volutas de humo después de dar un par de caladas seguidas y repitió — Usted no me necesita.

— Lord Batlot, mi país es un país que tiene un gobierno corrupto. Si el negocio se hace con gente de allí, nos quedamos sin nada. Si el gobierno se entera de la existencia de esa mina lo perdemos todo. No, hay que hacerlo todo con el más estricto secreto y, sobre todo, lo más importante, la financiación ha

de ser extranjera. Incluso los mineros serán llevados desde otros países para realizar la extracción. Todo, absolutamente todo el personal que intervenga en esta operación, excepto yo, ha de ser de fuera de Sierra Leona. Esa es la clave del éxito de esta operación.

Lord Batlot desvió la mirada sobre el diamante y lo tocó, desplazándolo levemente, con el dedo índice.

— ¿De cuánto estamos hablando?

Una nueva sonrisa iluminó la cara de Siaka Kamara.

— ¿Inversión inicial o beneficios?

Lord Batlot extendió dos dedos indicando que le interesaban ambos.

— Como inversión inicial calculo que unos veinte millones de libras.

— Veinte millones es mucho dinero.

Volvió a soltar unas cuantas volutas de humo y lo señaló con el habano.

— Tendría que haber un beneficio descomunal para arriesgar semejante cantidad de dinero.

La sonrisa de Kamara se ensanchó de nuevo. Por un momento, Lord Batlot pensó que podía tener incrustado un diamante en un incisivo, pero lo que vio fue una dentadura perfecta sostenida por unas encías sonrosadas.

— Tanto como para hacer temblar a Das Baers.

Después de unos minutos de silencio mutuo, Lord Batlot tamborileó con los dedos en la mesa, justo al lado del diamante, y dio dos caladas más al habano.

— Comprenderá que un negocio de este calibre no se puede tomar a la ligera. Habré de pensarlo detenidamente.

Siaka Kamara se incorporó de su silla y, mientras depositaba su tarjeta sobre la mesa, habló con tono mesurado.

— Por supuesto. Piénselo usted con calma, Lord Batlot — comenzó a dirigirse hacia la puerta, pero a mitad de camino se detuvo y se giró — quédese

con la piedra, hágala analizar por alguien de su entera confianza y, cuando esté convencido, llámeme.

La llamada se produjo una semana más tarde y en el tono de voz de Lord Batlot le pareció detectar un mal disimulado entusiasmo. El experto consultado por Lord Batlot había certificado la excepcional calidad de la pureza de la piedra y había demostrado interés por ella. “Un regalo de mi mujer. Ya ve, después de tantos años me compra esto para que lo engarce”.

Siaka Kamara, confirmado el interés de Lord Batlot en la operación, procedió a explicarla con detalles. La mina se halla en las proximidades de la Reserva de las Montañas Loma, en Mansonia. Los mineros están apalabrados y esperando en Kobikoro, en Guinea, para ser desplazados, mediante camiones, a la mina en donde serán alojados en un poblado en el que estarán reclusos hasta la finalización del contrato. Ninguno podrá salir de la explotación el año o año y medio que durará la misma; se les dará alojamiento y manutención; esto tiene sus ventajas, ya que, cuando se cierre el negocio, se irán con una pequeña fortuna a sus casas. Sí, es verdad que tendrán ciertas distracciones como un pequeño cine, un bar en el que el consumo de alcohol estará controlado y un prostíbulo en donde poder desahogar las tensiones diarias. Todo el mundo gana.

Una vez extraídas, las piedras se almacenarán en un búnker situado en lugar seguro de la selva. El traslado habrá de ser único, un solo movimiento de todo el material, desde el búnker hasta Surat, en la India, el centro de corte y pulido de diamantes más importante del mundo. Allí pasarán desapercibidos; el noventa por ciento de los diamantes del mundo se procesa en las instalaciones que existen en Surat. Por lo que se refería al trabajo fino, el corte y pulido, habrá que hacerse con los servicios de un lapidario, un cortador, alguien que sea bueno, uno de los mejores, al que habrá que convencer para que realice el trabajo. De eso se encargará una persona de entera confianza, con la que ya se ha trabajado en anteriores ocasiones, que conoce el negocio y que es sumamente persuasiva.

Esa será la parte fácil del negocio. Lo difícil es trasladar la mercancía a su punto final, el punto de venta. La elección del punto de venta es indiscutible, ha de ser Nueva York, el más grande mercado mundial de compra y venta, el sitio en donde se pueden comprar voluntades y en el que las lealtades están aseguradas por un precio determinado. Allí se venderá toda la producción en pequeños lotes a intermediarios o, es otra posibilidad, el lote entero a los Das Baers. Para que el negocio no se les venga abajo, con seguridad invertirían una millonada comprándolo todo. Lo difícil será trasladar la mercancía desde Surat hasta Nueva York; ése será el punto crítico de la operación, la clave de todo el negocio. Y estaba, también, solucionado. Había un armador en España que le debía un par de favores relacionados con unos permisos de pesca, que le había proporcionado apenas hacía dos meses. Él transportará la mercancía en uno de sus barcos sin saber de qué se trata.

Lord Batlot parecía entusiasmado, aunque intentaba disimularlo con una seriedad sobreactuada.

— Está bien, señor Kamara, estas son mis condiciones. Dentro de dos días abriremos una cuenta con la cantidad establecida en el First Jersey Bank, en la isla de Jersey. Esa cuenta tendrá por titular a la empresa Minning Ben Lial Corporation, cuyo apoderado será el señor Perceval Lawyer, de la firma Bell Cube & Asociados. Cualquier movimiento o transacción sólo podrá efectuarse con el visto bueno del señor Lawyer o, si no está localizable, con el mío. ¿Está de acuerdo?

— Entiendo que tiene usted plena confianza en el señor Lawyer.

— Como en mí mismo.

— Así lo espero – Kamara realizó una pausa – El único defecto que tiene este negocio es que nos estamos jugando algo más que el dinero. Cualquier fuga de información supondrá la muerte de todos los implicados. ¿Le ha quedado claro eso, Lord Batlot?

Lord Batlot hizo como que no había escuchado la pregunta.

— Si estamos de acuerdo en las condiciones puede comenzar con el traslado de los mineros y que empiece la explotación.

Diez meses después de esa conversación, la mina se había agotado. La parte buena era que había sido más productiva que la mejor de las previsiones que habían realizado. Tenían almacenados en el búnker de la selva más de mil piedras, todas con una excepcional claridad y color, de las que un treinta por cien pasarían, una vez cortados, de los cinco quilates; si a esto se unía un corte perfecto realizado por un buen lapidario, podían tener un beneficio que correspondía a más de tres veces la inversión inicial. Eso sin contar con el setenta por cien de las piedras, por las que podrían sacar una cantidad que igualara la inversión inicial. Era hora de iniciar la segunda fase de la operación, era hora de activar a Shura Ivanova.

No había sido difícil burlar el sistema de seguridad. La clave, de seis dígitos, que le había dado el que lo había contratado, había sido efectiva y se encontraba en el amplio vestíbulo de la mansión. Agudizó el oído. Nada. Un silencio absoluto invadía toda la casa. Se dirigió a la primera puerta de la izquierda con sigilo. “Siempre está en la biblioteca entre las ocho y las once de la noche”. Actuó muy lentamente en el pomo de la puerta y la empujó con suavidad. La tenue luz de la estancia proyectó un haz en el suelo. Con la misma lentitud fue abriendo más la puerta hasta lograr ver los dos sillones orientados hacia la chimenea, en la que chisporroteaba un cálido fuego, en uno de los cuales se encontraba un hombre de unos setenta años, fornido, que fumaba un veguero con mucha parsimonia, echado hacia atrás. En ese momento llegó a sus oídos la música que el hombre estaba escuchando, el Fausto de Gounod sonaba a un volumen muy bajo. No le importó en absoluto, nunca le había gustado la música clásica. Incluso le vendría bien para acercarse a su víctima sin ser detectado hasta el instante final.

Extrajo de su bolsillo derecho la bolsa de plástico cerrada herméticamente que contenía las tijeras que debería utilizar. “Se debe hacer con unas tijeras. Las

podrá recoger en el apartado de correos 666 de la oficina de correos de Bloomsbury, junto con un teléfono móvil. Ha de ser en el corazón, por delante. Cuando haya terminado, hará una llamada al único teléfono que está archivado en la memoria del móvil, diciendo que el trabajo está realizado. Dejará las tijeras y el móvil encima del cadáver y se marchará”. Había sido todo muy extraño, pero bien pagado; doblando su tarifa habitual.

Se situó delante del hombre que, con los ojos cerrados disfrutaba de la música. El puro se encontraba en el cenicero de la mesita anexa y su combustión producía una columna de humo casi azulado, mientras el hombre tamborileaba, siguiendo las notas de la música, con los dedos de la mano derecha en el apoyabrazos del sillón.

Con su pie derecho le dio un ligero toque en el pie izquierdo al hombre. Con un respingo, el hombre abrió los ojos y, a continuación, abrió la boca como para gritar o decir algo. Con la mano izquierda le hizo seña de silencio. En un acto reflejo, con una agilidad insospechada en un hombre de su edad y corpulencia, el hombre se incorporó en un solo movimiento. No le dio tiempo a más. Con fuerza y precisión le clavó las tijeras en el corazón, atravesando el esternón por su parte izquierda. El hombre abrió los ojos de forma desmesurada y quiso levantar los brazos, pero no pudo. Un estertor le hizo temblar todo el cuerpo y se derrumbó hacia atrás entre los dos sillones.

Mientras observaba cómo se le iban dilatando las pupilas, dejó con mucho cuidado las tijeras sobre el cuerpo, extrajo el teléfono móvil de la bolsa plástica y realizó la llamada.

— Hecho.

Colgó y dejó el aparato sobre el cadáver. Fue entonces cuando lo hizo; era, al fin y al cabo, su firma. Extrajo de un bolsillo el diente, lo limpió bien frotándolo con los guantes y lo introdujo en el dobladillo de la pernera izquierda del pantalón del hombre, que volvió a dejar perfectamente estirada. Salió al vestíbulo, conectó el sistema de alarma y salió de la mansión. Recorrió el sendero hasta la puerta de entrada de la finca, saltó el muro por uno de los laterales y, al llegar al coche que estaba estacionado al abrigo de los árboles que bordeaban la carretera, abrió el maletero, sacó una bolsa grande de basura y se

quitó el traje de quirófano que llevaba puesto: patucos, pantalón, mandil, gorro y guantes; los introdujo en la bolsa y la cerró con un nudo. Extrajo una garrafa de gasolina de cinco litros y los vertió sobre la bolsa situada en la misma carretera. Le prendió fuego y se quedó observando como ardía hasta derretirse por completo, dejando una mancha oscura en el asfalto. Cerró el maletero, se introdujo en el coche, metió primera y arrancó muy despacio camino del aeropuerto de Luton.

— Pareces cansado.

Lo estaba. En realidad, no había dormido nada en dos días y, ahora, a las diez de la noche, lo único que le apetecía era tomarse un gin-tónico bien preparado, charlar vagamente con su amiga y retirarse a descansar en la cómoda y amplia cama de la habitación principal de su domicilio. Había tenido que refugiarse – eso era exactamente lo que había hecho, refugiarse – durante los dos últimos días en una de las habitaciones que el club Royal Embankment disponía para uso de los socios. Todo por culpa de ese maldito embrollo del asesinato de Lord Batlot. La presión de sus jefes, de la prensa y de los familiares del fallecido habían tenido la culpa de que se produjesen manifestaciones por las calles que, invariablemente, terminaban en la puerta de su casa. Todas pedían lo mismo: que si más seguridad, que si no se podía circular por las calles, que si no se podía estar tranquilo ni en la propia casa de uno. Sin embargo, en su fuero interno, persistía la duda, más que razonable, de que el desgraciado suceso se estaba aprovechando para un linchamiento político; el suyo. Alguien quería moverle la silla. Y lo estaba haciendo francamente bien.

El inspector jefe de Scotland Yard suspiró profundamente cerrando los ojos.

— Lo estoy – se frotó ligeramente los párpados con los índices de ambas manos – ¿cuándo llegaste?

— Hoy, hace apenas unas horas.

El inspector Sullivan Edward Archer miró a su interlocutora. Siempre la había envidiado, una envidia sana y no exenta de admiración. Delante de él tenía a una de las más reputadas cámaras, una freelance colaboradora habitual de la BBC y del National Geographic y ganadora de varios premios de su especialidad; la no muy conversadora, pero buena amiga, Heather Grace Welbeater. Ahí estaba, con su ordenador portátil, poniendo al día sus papeles después de estar ocho meses en sabe Dios dónde, filmando sus animalitos apareándose o comiéndose unos a otros. Eso era vida.

— ¿Algún caso complicado o asuntos políticos?

El inspector jefe Archer, el más joven que había accedido al cargo en toda la historia de la institución, volvió a suspirar. Estaba francamente agotado.

— Los dos – y añadió sorprendido – ¿no me digas que no te has enterado?

— De qué.

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. El asesinato había sido portada en los periódicos y televisiones de todo el mundo. ¿En dónde había estado metida estos ocho meses?, ¿en el fondo del mar?

— Precisamente, ahí mismo... ya sabes, barcos, batíscafos, campanas de descompresión... en fin, filmando entre treinta y tres mil metros de profundidad. Apasionante lo que hay por ahí, ya lo verás cuando lo emitan.

— Han asesinado a Lord Batlot.

Heather Welbeater detuvo su trajín con los papeles y el ordenador para observar a su amigo.

— ¿Qué se sabe?

— Nada – el inspector Archer volvió a suspirar profundamente – no se sabe nada de nada.

Por vez primera Heather Welbeater se mostró ligeramente interesada.

— ¿Puedes darme detalles o está bajo secreto de sumario?

El inspector Archer la miró con desesperanza, como si estuviera pidiendo ayuda.

— Estamos en un atolladero, no tenemos nada, salvo el cadáver con un agujero espantoso.

Heather Welbeater tenía un don especial de observación. Era capaz de descubrir las cosas más nimias en una escena. Seguramente veía así la vida, como si fuese un documental, con sus escenas, con sus planos, fotograma a fotograma. Hubiese sido una buena policía, una policía excepcional. Tenía una paciencia infinita. Tenía que tenerla, como ella misma le había dicho en alguna ocasión, para filmar animales en la naturaleza. Pero nada más que eso; sólo una policía. Ese carácter independiente, alejado de la mínima disciplina, y el no saber aceptar órdenes, habrían sido los impedimentos en una carrera que por su inteligencia merecía sobradamente. Se había permitido, incluso, renunciar al apoyo y las influencias familiares por hacer lo que ella quiso; ser cámara de documentales. Y no le había ido mal. Además, en este caso conocía al difunto; era antiguo amigo de su padre, Lord Winston Welbeater, quinto Barón de Tollgate, quien siempre había desaprobado la vida que había elegido su hija mayor.

Recordó las conversaciones que habían tenido en anteriores ocasiones, mientras estudiaban en la universidad, y en las posteriores, ya ejerciendo cada uno su profesión. Recordó, incluso, que en cierta ocasión habían tonteado, nada serio, más bien todo lo contrario, pero había sido algo bonito, que ambos recordaban con cariño, cariño que se transformó con el tiempo, en sólida amistad. En realidad, era la única amiga que tenía. Así que, desde hacía tiempo, cada vez que ella paraba en Londres – apenas tres o cuatro veces al año –, lo hacía en la habitación de invitados de su casa. Pese a ese pacto tácito – al principio ella había insistido en pagarle un alquiler por la ocupación de la habitación, algo a lo que él se había negado siempre –, nunca había entendido por qué su amiga no vivía en un piso. Es verdad que pasaba poco tiempo en la ciudad, incluso pasaba poco tiempo en el país, pero, aún así, siempre era más cómodo tener un espacio propio, en el que, aunque fuese pequeño, siempre podría tener sus cosas. “En esta profesión todo lo que posees tiene que caber en una mochila de fácil transporte” le había dicho; y así era, siempre iba con esa

mochila encima. Todo lo que necesitaba para ir a cualquier lado lo llevaba en la mochila que siempre iba a su espalda. En cuanto a sus actividades sexuales-sentimentales, nunca le había preguntado, al fin y al cabo, los demás sí viven en pisos; además de la existencia de hoteles, claro.

— Deberías echarme una mano.

— Dame detalles.

— Pues ése es el caso. En serio, no tenemos nada. El cadáver lo descubrió su esposa en la biblioteca. Estaba en posición *decúbito supino* en el suelo delante de la chimenea, los pies más cerca de ésta y la cabeza al lado de uno de los sillones, con un agujero en el pecho, a la altura del corazón, el cual, por cierto, no se encontró ni en su sitio ni en ningún otro lado, producido por un arma indeterminada. Para el agujero que tenía apenas había sangre, únicamente la mancha en la alfombra, pero nada de salpicaduras. Había también una mancha de color amarillo en la herida y, justo debajo de ella, otra de color violeta. No sabemos de qué son esas manchas, no nos ha llegado todavía el análisis del laboratorio.

El inspector S. E. Archer volvió a suspirar cerrando los ojos.

— No desapareció nada de la habitación ni de la casa, excepción hecha del corazón de la víctima, claro; el robo descartado. Lord Batlot estaba retirado de la política; también descartado un móvil político.

Volvió la mirada a su amiga, que estaba por completo pendiente de él y de la información que le estaba dando.

— Pinta mal para Lady Batlot.

No fue capaz de decirlo más que en un susurro. Sabía que Lady Batlot era amiga de su familia desde que ella naciera, que incluso la había tenido, en innumerables ocasiones, en su regazo. No, no era fácil decirle que Lady Batlot tenía todas las papeletas.

— Eso no es posible – su mirada reflejaba preocupación – ¿qué hay de posibles visitas ese día? Sabes que Henry Batlot acostumbraba a recibir a cinco o seis personas al día. ¿Qué hay de su secretario, del personal de la casa,

mayordomo, cocinera, sirvientes?, ¿es que no vieron a nadie ni escucharon nada?

El inspector Archer iba negando sistemáticamente con la cabeza mientras Heather Welbeater hablaba. Finalmente suspiró con profundidad una vez más y retomó su breve informe.

— Llevaba dos días sin recibir a nadie, los mismos que su secretario estuvo enfermo, lo hemos comprobado con su médico y varios testigos más; el mayordomo se jubiló hace una semana, cinco días antes del crimen, y se retiró a su zona natal de Cornualles, también lo hemos comprobado con varios testigos; la cocinera tenía su día libre, que también hemos comprobado con varios testigos. Lord y Lady Batlot se encontraban solos en la casa. Tampoco hay, según la policía científica, indicios de la presencia de otras personas, ni en la biblioteca, ni en la entrada, ni en el hall. La única persona que se encontraba en la casa era Lady Batlot.

La miró de nuevo y sintió la necesidad de tranquilizarla de algún modo.

— No te preocupes no está detenida. Se encuentra retenida en su casa, atendida médicamente – la miró con gesto curioso – y con el apoyo de tu madre. En realidad, no está acusada siquiera... al menos de momento.

— Pero...

El inspector Archer la interrumpió con un gesto de la mano que parecía decir que, efectivamente, habían comprobado todo, que Lady Batlot no había escuchado nada por hallarse a esas horas, entre las nueve y las diez de la noche como cálculo inicial de la muerte, en sus habitaciones, cosa que también habían comprobado, la ausencia de ruidos en el dormitorio de la mujer, sus hombres fehacientemente. Sí, sin duda pintaba mal para Lady Batlot.

Después de otro suspiro al que añadió un gesto de impotencia, Sullivan Archer habló en tono quedo.

— Es el único sospechoso que tenemos... en realidad es la única persona, aparte del difunto Lord Batlot, que se encontraba en la casa.

— Elisabeth Batlot es inocente.

Heather Welbeater hablaba en tono suave, sin asomo de enfado, ni la menor intranquilidad. Sabía que estaba diciendo una verdad sencilla, palmaria. Esa mujer era inocente del asesinato de su marido. Era la persona más buena que había conocido en toda su vida, y había conocido a mucha gente; gente pobre que te daba lo que tenía en su miserable choza por tener un sentido de la hospitalidad fuera de lo común, gente que te recibía en su humilde casa con cánticos, bailes y una fiesta tan alegre que te hacía olvidar la miseria que padecían. A todos superaba Elisabeth Batlot en sencillez y bondad. No, esa mujer era incapaz de hacer daño a nadie; y mucho menos hacer la barbaridad que le estaba contando su amigo.

— Sí, ya lo sé... — Sullivan Archer quedó en suspenso unos segundos, dudando en seguir con lo que iba a decir o callárselo prudentemente — pero... tú sabes, tan bien como yo, que una persona sometida a... una existencia como esa durante tanto tiempo podría... estallar en cualquier momento...

— Lo sé...

Heather Welbeater recordó la primera vez que fue realmente consciente de ello. No tendría más de quince años; se encontraba en su habitación preparando unos exámenes finales cuando recordó que tenía que darle un recado a su madre. Bajó al salón en donde sabía que la hallaría leyendo. La puerta estaba entornada y oyó la voz de su madre consolando, en tono contenido e indignado, a alguien que sollozaba entrecortadamente. Se asomó por el hueco de la puerta y, al tiempo que veía a Elisabeth Batlot sentada al lado de su madre, llorando amargamente y con el labio superior tan hinchado que casi tapaba el inferior y el ojo izquierdo tan morado e hinchado que apenas lo podía abrir, oyó maldecir por primera, y única vez, a su madre. Recordaba las palabras como si las estuviese oyendo en ese mismo instante, dichas entre dientes, con una ira y rabia contenidas que jamás hubiese sospechado en su madre: “¡Maldito hijo de puta!”.

— Claro que lo sé. Y precisamente por eso, por la clase de vida que le han hecho llevar tiene más mérito todavía. A cualquiera esa vida le hubiese apagado, traumatizado, enconado, destruido. A ella, no; sólo la hizo más buena.

Sullivan Archer enarcó las cejas en un gesto mezcla de resignación y alivio; la primera porque intuía que habría toda clase de problemas en ese caso y la segunda porque sabía que su amiga le ayudaría en lo que pudiese. Las palabras de su amiga no hicieron sino confirmar su sospecha.

— ¿Hay algún modo en que pueda ver la escena del crimen? Me gustaría... — dudó un leve instante en pedir su deseo — a ser posible, grabar toda la biblioteca.

Sullivan Archer no se inmutó; estaba acostumbrado, después de tantos años de carrera, a peticiones tan raras como sorprendentes. Se limitó a dar la información como hasta ahora había hecho.

— Hay cerca de dos carretes de fotografías tomadas por la policía científica, puedo hacer que te pasen una copia.

Heather Welbeater sacudió una mano. El gesto no era despreciativo, sino negativo.

— No es lo mismo. A nadie se le ocurre fotografiar techos o cortinas si no tienen algo raro. Necesito tenerlo todo grabado; además, de esa forma sólo estaré una media hora, como mucho, en la biblioteca y podré revisar la filmación las veces que quiera.

— De acuerdo, ¿te parece que quedemos mañana a las nueve?, yo mismo te acompañaré para que no tengas ningún tipo de problema... — dudó un instante en darle la información, y la añadió con reserva, sabía que no había simpatía entre ellos — el que está llevando el caso es el inspector Touchy.

Fue lo más divertido que había oído hasta el momento. No pudo dejar de ser, por vez primera en la conversación, irónica.

— Es bueno, hace bien su trabajo; se equivoca, pero hace bien su trabajo... y, sobre todo, no aguanta que una mujer pueda tener razón en algo... — después, en un tono de resignación añadió — habrá que hilar fino.

La biblioteca estaba exactamente como la recordaba. Era una estancia de unos cuarenta metros cuadrados, ligeramente rectangular, y que había sido anteriormente un salón de té decorado en tonos malva, en la que el único vestigio de color malva que quedaba era el vestido violeta de la dama del solitario cuadro de la estancia. Ese antiguo salón de té había sido redecorado bajo las indicaciones del mismo Lord Batlot, quien había mandado pintar en un tono crema los pocos espacios de pared que quedaban visibles y de azul pálido el techo; los cortinones originales también habían sido sustituidos por otros en tonos crema. El resto, las estanterías que cubrían casi la totalidad de las paredes, el suelo y los distintos muebles que había en la habitación, a excepción de los dos butacones de cuero situados frente a la chimenea, eran de oscura madera de roble, al igual que las dos ventanas que se abrían en uno de los dos lados más largos y la puerta de entrada. De esa forma, un floreado salón de té había sido transformado en una apacible biblioteca en donde Henry Batlot recibía a sus visitas.

Solo había entrado en esa estancia dos veces en su vida; la primera vez tenía ocho años y estaba de visita en la mansión con su madre. Henry Batlot, con la excusa de enseñarle algo muy bonito, la llevó hasta la biblioteca y allí comenzó a tocarla por debajo del vestido al tiempo que sacaba su miembro erecto. El único sexo masculino que había visto era el de su hermano pequeño y aquello no se parecía nada. Hasta se movía solo. No había visto en su vida nada tan grande. No fue consciente del tiempo que había pasado, sin duda no mucho, hasta que descubrió a Elisabeth Batlot en el dintel de la puerta de la biblioteca, agarrada al pomo y con una expresión de odio en la mirada que jamás podía haber imaginado en aquella mujer. Elisabeth Batlot no dijo una palabra, se adentró en la estancia, la cogió de la mano y la sacó de allí. A los dos días Elisabeth Batlot apareció llena de moratones por una caída accidental por las escaleras. No fue consciente de lo que había pasado hasta que, con quince años, oyó jurar a su madre. La segunda vez que entró en la biblioteca tenía veintiún años, era ya una mujer y estaba en muy buena forma física debido a la práctica de varios deportes, algunos de contacto. Acompañó, una vez más, a su madre a la mansión Pickwick. Mientras las dos mujeres se ponían al día con sus charlas insustanciales, ella vio la oportunidad perfecta. Se acercó a la biblioteca,

en donde sabía que estaba Henry Batlot y entró sin llamar. Batlot se encontraba trabajando en su escritorio y levantó la mirada con disgusto al verse interrumpido. Sin embargo, no dijo palabra, se quedó mirándola con una expresión parecida a la que tenía cuando el episodio de niña.

— ¿Por qué no te atreves ahora, hijo de puta?

Había pronunciado las palabras con una lentitud calculada.

— Vamos, ¿a qué esperas? Inténtalo, cabrón...

Batlot no dijo nada, ni se movió siquiera. Lo que más la desconcertó fue la extraña sonrisa que dibujó en su boca; nunca supo si era una sonrisa de miedo, de desprecio, de superioridad o de cobardía. Se dio media vuelta y salió de la biblioteca. Nunca volvió a ver en persona a Henry Batlot.

Heather Welbeater se encontraba disponiendo los cables del foco de la cámara, ya conectada a un enchufe cercano a la puerta y a la altura del zócalo. Había sido una extraña sensación la de volver, después de tantos años, a aquella casa. Pero mucho más extraño fue volver a ver a Elisabeth Batlot, tan envejecida que apenas la podía identificar como aquella mujer de energía tan vital que había conocido en la infancia. Lo de su madre, por supuesto, era caso aparte. Debía ser el primer beso que le daba en años; en realidad, hacía años que no se trataban apenas. Su madre había estado amable, incluso cariñosa para lo que en ella era habitual. En un aparte, de los que su madre seguía siendo aficionada, le había pedido que hiciese lo que pudiese por Lady Batlot; y ella había asentido con la cabeza, callada, pensando que no era Houdini y que su madre seguía viviendo en un mundo hecho a su medida. Las cosas no cambiarían nunca con su madre, y su relación tampoco. Eran, sin embargo, mucho mejor que con su padre, con el que no se trataba en absoluto; la distancia entre ambos era tanta que en los últimos quince años se habían saludado una sola vez, un hola frío y seco, en la boda de su hermano pequeño.

— No puedo dejarte más que quince minutos — el inspector Archer se retiró hacia la puerta, todavía entornada —, en realidad tendría que quedarse alguien contigo...

— Tendré de sobra.

— Sí, sí, sí...

Salió de la biblioteca haciendo un gesto de desesperación mientras oía la respuesta de Heather Welbeater. Sabía que su amiga lo podía ayudar, pero era de un lento exasperante.

Heather Welbeater comenzó a filmar desde la puerta, con un lento movimiento de cámara, que trataba de captar de arriba abajo y girando lentamente hacia la izquierda, todo lo que la habitación contenía, al tiempo que traducía en palabras lo que estaba viendo: estanterías de madera desde el suelo al techo de unos tres metros y medio de alto una esquina más estanterías la primera ventana otra estantería con una pequeña escalera con ruedas delante de ella la segunda ventana nuevas estanterías hasta la esquina y en la otra pared otra esquina y la pared de la chimenea flanqueada por más estanterías el cuadro situado encima de la chimenea un lienzo enorme de unos dos metros por uno y medio con la dama sonriendo con la costura en una habitación bien iluminada más estanterías en el otro trozo de pared al lado de la puerta en el techo en el centro una gran araña de cristal colgando a media altura y un par de manchas de humedad cerca de una de las esquinas en cambio el suelo cubierto con una mullida alfombra de pelo largo exceptuando unos cuarenta centímetros delante de la chimenea y de las estanterías en una de las esquinas con la luz de la segunda ventana entrándole por la izquierda el escritorio de Batlot con sus efectos personales tal y como los dejó enfrente de la chimenea girados levemente hacia ella y uno hacia otro los dos butacones de cuero entre los cuales en el suelo y definido con tiza blanca está la figura de Batlot con los pies hacia la misma chimenea y la cabeza hacia el centro de la estancia.

Sin duda era una buena biblioteca. Mientras recogía los cables y guardaba la cámara, la puerta se abrió y entró Sullivan Archer.

— Ya tendrías que haber acabado.

— Ya está, tengo el material que necesito – volvió a mirar las estanterías repletas de libros – Es una buena biblioteca.

— Seis mil setecientos cincuenta y tres ejemplares.

Se giró hacia su amigo, mirándolo con sorpresa e incredulidad. Éste se encogió de hombros como disculpándose.

— Sí, los hemos contado... dos veces – suspiró con su gesto tan característico – teníamos la esperanza de encontrar un pasadizo secreto, de esos con puerta oculta con un mecanismo que se acciona con uno de los libros. En estas casas antiguas nunca se sabe...

— ¿Y?

Sullivan Archer negó con la cabeza al tiempo que pensaba que Lady Batlot lo tenía cada vez peor.

— También miramos debajo de cuadro. Nada.

Era un cuadro enorme, que bien podría esconder una puerta falsa, con el pasadizo por el tiro de la chimenea. Lo recordaba de siempre en ese sitio; la dama del vestido violeta con la costura y el gesto adusto en aquella magnífica y resplandeciente habitación. Pero no, no lo recordaba así; en realidad lo recordaba de otra forma, la cara no era la misma; acaso no fuese la misma mujer, quizá fuese más joven o tal vez hubiese varios cuadros parecidos. Es posible que estuviese en distinta postura, con el brazo bajo, por ejemplo. No recordar el cuadro tal y como lo veía ahora le produjo una ligera desazón. Tendría que preguntarle a Elisabeth Batlot si el cuadro siempre había sido así o lo había retocado alguien alguna vez, o si le habían hecho una limpieza o algo parecido.

— Si descubro algo te llamo.

— Bien. ¿Te llevo a algún sitio?

— No, gracias, tengo que preguntarle un par de cosas a Elisabeth Batlot.

Sullivan Archer se alejó en el coche por el pequeño camino que se dirigía hacia la verja de entrada. Mientras le observaba partir en su coche oficial con chofer, Heather Welbeater seguía dándole vueltas a lo del cuadro. Ese cuadro le

había inquietado más que el contorno de la figura de Batlot pintada de blanco en la alfombra que cubría el suelo de la biblioteca. “Al fin – pensó mientras se dirigía al salón de té – alguien le había dado su merecido al miserable hijo de puta”.